

## LA GENERACIÓN DEL CAMBIO

Nos encantaba quedar todos los días y tomar un café juntas, Isabela y yo solíamos quedar en una pequeña cafetería cercana a mi casa. Mi hija conocía mi estado de salud, ya tan solo era una anciana, y es por esto que ella buscaba más tiempo que nunca para verme.

Por supuesto, esto me llenaba de orgullo, pero aún más verla llegar a ser la mujer que siempre quise ser. La veía con admiración y alegría. Me enorgullecía de su valentía y determinación. Recordaba mi propia lucha en mi juventud y veía en Isabela mis propios sueños y deseos reprimidos.

Ella amaba la ciencia y la escritura, y efectivamente, llegó a trabajar como docente en la Universidad de Investigación Biológica. Era fascinante para mí escucharla hablar sobre su vida, su trabajo y sus logros, los que no eran más que ficción para mí cuando tenía su edad. ¡Cuánto hubiera deseado nacer en su generación!

Aunque la realidad es que nací a finales del siglo XIX, una época en la que las injusticias de género eran más profundas y estaban más arraigadas que nunca. Crecí en un mundo donde las mujeres eran consideradas inferiores, destinadas a ocupar un lugar a la sombra de los hombres.

En el colegio aprendí cosas básicas como leer, sumar y escribir, pero realmente adoraba ampliar mi conocimiento y aprender cosas nuevas. Desde que tenía 6 años mi sueño siempre fue ser escritora.

A los 10 años mi padre me obligó a dejar lo que amaba, mis estudios, para trabajar como costurera en una fábrica textil cercana, solía trabajar de lunes a domingo en largas jornadas. Era una labor cansada y fatigosa, añoré la oportunidad de estudiar, sin embargo, me sentía útil, de esta forma podía ayudar a mis padres con 10 miserables pesetas diarias.

Solía envidiar a mi único hermano. Mis tres hermanas y yo éramos obligadas a trabajar, sin embargo, la cosa era diferente cuando se trataba de mi hermano, él, a pesar de ser mayor que yo, era libre para estudiar lo que deseara, con el apoyo de mi padre. Era un derecho que solo poseía mi hermano, era el favorito y el orgullo de mi padre.

Me casé joven, a los 17 años, como era costumbre en aquel entonces, y pronto me di cuenta de las restricciones que la sociedad me imponía.

A pesar de mi brillante mente y mi deseo de aprender, se me negó la educación y el acceso a cualquier libro. Me encontraba cada día envuelta en tareas a las que no veía el fin.

Con el tiempo, me convertí en madre de una niña a la que llamé Isabela. Siempre tuve un sueño en mi corazón: que mi hija nunca experimentará las mismas limitaciones que yo. Desde el momento en que Isabela nació, me comprometí a criarla con amor, pero también con una educación que le permitiera desplegar sus alas y volar alto como yo siempre quise. Realmente, entendí porque dicen que la maternidad es dura, pero sin duda lo más bonito que le puede pasar a una mujer.

Intenté que Isabela creciera rodeada de la educación que nunca tuve, gracias a mi determinación. Le contaba historias de mujeres valientes que desafiaron las normas de la sociedad, inspirándola a creer en sus propias capacidades. También me esforzaba por brindarle oportunidades, alentándola a participar en actividades que, en mi época, se consideraban exclusivas para hombres.

A medida que Isabela crecía, se destacaba en la escuela y en todas las actividades que emprendía. Mostraba un talento natural para las matemáticas y la ciencia, lo que en aquellos tiempos era un logro excepcional para una mujer. No podía estar más orgullosa de mi hija, pero también sabía que el mundo aún no estaba listo para aceptar a una mujer como Isabella, ni académica ni profesionalmente.

Nunca faltaban las críticas, las miradas despectivas o los comentarios sobre mi supuesta pésima crianza. Lo realmente penoso era que estos provenían en su mayoría de mujeres, que afirmaban nuestra "inferioridad" frente al hombre.

A pesar de los desafíos y prejuicios, Isabela persistió en su camino. La apoyé en cada paso, brindándole el amor, la fuerza y la confianza que necesitaba. Y ella demostró que las mujeres eran igual de capaces que los hombres y que la inteligencia no conocía género.

A medida que pasaron los años, nos apoyábamos mutuamente en nuestros logros y desafíos. Nos habíamos convertido en un equipo inseparable, una madre y una hija que habían desafiado las normas de su tiempo y habían demostrado que el género no debía ser un obstáculo para el éxito.

Fue cuando entendí que mientras estuviese con ella debía decirle lo orgullosa que estaba, y se lo dije:

*“Has demostrado que una mujer puede lograr cualquier cosa. Has superado mis sueños y te has construido un puente hacia un futuro en el que tú como mujer eres valorada y respetada. Estoy orgullosa de ti, Isabela”*

Joana Rodríguez Escudero 4º ESO C